

Juventud y educación en Cuba: estrategia de inclusión social femenina¹

María Isabel Domínguez

Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas

Abstract

This article sets out to demonstrate how the priority of education in Cuban social policy, from its outset after the 1959 revolution, has privileged women. Statistics clearly chart the rapid increase in educational level and attainment over the decades and the high degree of feminisation of higher education and thus the skilled labour force; and today Cuba ranks among the countries with the highest indicators in the United Nation's Millenium Goals as regards education and gender equity. On the basis of research with youth groups and women, the significance of acquiring educational capital is analyzed as a strategy for social inclusion, for young women in particular, and an assessment is made of what has been achieved in terms of their social participation and the difficulties that remain as regards fostering a cultural shift towards more equitable gender relations. The findings are cause for reflection on the impact of this in terms of gender and generation, and the hypothesis that, while generational awareness has changed significantly, that of gender has not, or at best has changed far less over the generations.

Resumen

El trabajo muestra como la prioridad de la Educación en la política social cubana, desde los primeros momentos a partir de la revolución de 1959, ha privilegiado a la mujer, lo que se constata a través de datos estadísticos que dan cuenta del acelerado crecimiento de sus niveles educacionales y de calificación a lo largo de las distintas décadas y la elevada feminización que ha ido alcanzando la enseñanza superior y por consiguiente la fuerza de trabajo calificada, que coloca a Cuba en uno de los países de más elevado cumplimiento de los Objetivos del Milenio de la Naciones Unidas en materia de acceso a la educación e igualdad de género. A partir de investigaciones realizadas con grupos juveniles y con mujeres, se analiza el significado que tiene la adquisición de un capital educativo como estrategia de inclusión social, en particular para las mujeres jóvenes; se valoran los avances

¹ **Publicado en Cuban Studies 42, 2012. C. Krull y J. Stubbs (ed), University of Pittsburgh Press, USA**

logrados en su participación social y las dificultades que aun existen en lograr un cambio cultural que promueva unas relaciones de género más equitativas. A partir de los resultados se reflexiona acerca del impacto de estos procesos y se concluye con una hipótesis acerca de las dinámicas de comportamiento en Cuba hoy donde, al parecer, la conciencia generacional ha ido fortaleciéndose mientras la de género parece estancarse o moverse a un ritmo más lento que en generaciones anteriores.

Introducción

Las Naciones Unidas, al aprobar en el año 2000 la Declaración del Milenio que integraba y daba un mayor alcance a los acuerdos aprobados en las cumbres mundiales realizadas en la década de los años noventa, planteaba estructurar, cuantificar y dar seguimiento periódico a aquellos retos que la Humanidad no podía continuar posponiendo dada su importancia para el logro de un mundo mínimamente justo y equitativo.

Entre esas metas están las referidas a “lograr la enseñanza primaria universal” (Objetivo 2) y “promover la igualdad entre los géneros y el empoderamiento de la mujer” (Objetivo 3), para lo cual se formularon un conjunto de indicadores. En el primer caso, estos se orientan a elevar la tasa de matriculación en la enseñanza primaria, elevar la proporción de alumnos que comienzan el primer grado y llegan al último de enseñanza primaria y garantizar la alfabetización de las personas de 15 a 24 años de ambos sexos. Para el otro objetivo, los principales indicadores se orientan fundamentalmente a evaluar la presencia de las niñas y mujeres en los diferentes niveles de educación, en el empleo urbano y en las estructuras de poder, específicamente en los parlamentos nacionales.

El primero de los objetivos mencionados ha sido cumplido en Cuba desde la década de los años sesenta en que se logró erradicar el analfabetismo, se incorporó a la enseñanza primaria a la casi absoluta totalidad de los niños y niñas en edad escolar y se fue logrando un índice de retención escolar cada vez mayor, a la vez que se establecieron regulaciones que hicieron obligatoria la enseñanza, primero hasta el sexto grado y luego hasta el noveno grado, lo que hizo que desde la década de los años setenta ese objetivo estuviera ampliamente cumplido.

En cuanto al objetivo referido a la igualdad de género, el acceso efectivo a la educación en todos los niveles constituyó el punto de partida esencial para que los

restantes indicadores alcanzaran elevados niveles pues en el mundo contemporáneo, el nivel educacional se convierte en imprescindible pasaporte para acceder al empleo y cada vez más también para el acceso a cargos públicos.

En la reciente concluida XI Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe de la CEPAL, celebrada en Montevideo, Uruguay, en julio del año 2010, Cuba presentó un informe, que da cuenta de los logros alcanzados en el cumplimiento del Plan de Acción Nacional de Seguimiento a la IV Conferencia Mundial de Naciones Unidas sobre la Mujer, promulgado en 1997, así como a los acuerdos del Consenso de Quito, establecido en agosto del 2007 en la X Conferencia Regional. El Plan de Acción cubano, contiene noventa medidas esenciales para el adelanto de la condición de la mujer en las distintas esferas y refuerza la necesidad de aplicar adecuadamente la perspectiva de género en las diferentes políticas y programas.¹ Esos resultados han conducido a que en el último informe anual del Foro Económico Mundial sobre diferencias de género, Cuba ocupara el segundo lugar de América Latina y el Caribe en indicadores de igualdad y el lugar 24 en el mundo, de 134 países analizados.²

Sin embargo, si bien la meta de igualdad entre los géneros y empoderamiento de la mujer puede ser medida desde indicadores cuantitativos que reflejan los resultados, resulta clave considerar los elementos de orden subjetivo que se van desarrollando en torno a la meta y que, en última instancia, explican mejor cómo se da el proceso. En este caso es importante no perder de vista elementos tales como las identidades y los roles de género, la perspectiva de género de la socialización infantil y la dinámica que esos procesos tienen para el desarrollo de una conciencia social de género en hombres y mujeres y en la sociedad como un todo, a través de sus instituciones.

Sin dudas que la integración social de la mujer, dada a través de su presencia en instituciones escolares, laborales y políticas, en igualdad de condiciones que el hombre, es el terreno propicio para que se alcancen esas relaciones de equidad, de ahí que el propósito de este trabajo es explorar cómo la prioridad dada a la educación por el proyecto social de la Revolución Cubana, ha sido aprovechada por las mujeres, para ampliar sus oportunidades de inclusión social y, a la vez, ha contribuido a la reconfiguración de su identidad de género y en general, a la expresión de su subjetividad en la que la conciencia de género ocupa un sitio significativo.

Para el análisis, asumimos el género como categoría analítica, siguiendo a diferentes autoras que lo definen como elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y el género, como forma primaria de relaciones significantes de poder y campo primario de articulación de ese poder y como conjunto de saberes sociales sobre las diferencias entre los sexos.³ En este último sentido, compartimos los supuestos teóricos que entienden el género como una construcción sociocultural que define las formas de conducta, valores y expectativas diferentes para hombres y mujeres, así como las funciones asignadas a lo masculino y lo femenino.⁴ Pero esa construcción se produce en el marco del conjunto de interrelaciones socioestructurales en que estamos inmersos los individuos, con particular impacto de las relaciones de clase, raza, pertenencia territorial, orientación sexual, creencias religiosas, entre otras.

Quiere decir, que aun cuando el trabajo centra la atención en las dinámicas asociadas a la mujer a partir del impacto de la educación, la mirada está puesta en el significado para su inclusión social en relación con el hombre: sus relaciones sociales, de poder y de saberes, que reproducen o re-configuran las construcciones sociales tradicionales en torno a lo masculino y lo femenino y, aun cuando no es el objetivo hacer el análisis en relación con esas otras pertenencias e influencias, en determinados momentos del trabajo se hará necesario hacer referencia a ellas por las tendencias diversas que marcan.

Sin embargo, si como dije antes, se quiere centrar la mirada en las dinámicas de este proceso y no tener una fotografía fija de un momento dado, no basta con la perspectiva de género. Se hace necesario entonces el enfoque generacional que ve el movimiento que se produce a lo largo de la sucesión, como dialéctica de continuidades y cambios, las primeras como acrítica repetición o necesaria apropiación; los últimos como lenta evolución o radical transformación.

Para ello nos apoyamos en una concepción de generaciones que toma en cuenta su proximidad etaria que implica haber sido socializadas en un determinado momento del devenir histórico, lo que condiciona una actividad social común en etapas claves de formación de la personalidad (que enmarcamos hasta los 24 años aproximadamente), que da lugar a rasgos estructurales y subjetivos similares, que la dotan de una fisonomía propia.⁵ En cualquier caso, se impone la aplicación de un enfoque histórico-concreto que eluda las lecturas homogeneizantes y lineales de los procesos de inclusión social de la mujer en el camino de lograr la equidad entre los

géneros y que preste una especial atención al segmento de la mujer joven pues es en esa etapa donde se definirá en gran medida el futuro camino de la igualdad.

No por gusto, cada vez más los planes de acción internacionales, regionales y nacionales, para el logro de la equidad de género y un mayor empoderamiento de la mujer, están colocando entre sus puntos focales – aunque desde mi perspectiva, no suficientemente aun – a las mujeres jóvenes. Por ejemplo, el reciente Consenso de Brasilia derivado de la reciente XI Conferencia Regional antes mencionada, dedica entre su articulado un conjunto de ellos a la prioridad de la atención a la educación de mujeres jóvenes para el ejercicio pleno de su ciudadanía; a crear mecanismos de apoyo para su participación pública y política en la toma de decisiones sin estigmatizaciones generacionales a sus prácticas y formas de expresión; y a la educación, información y acceso a los servicios de salud sexual y reproductiva que prevengan el embarazo en la adolescencia.⁶ Pero sin dudas son muchas más las áreas que requieren una atención particularizada para las jóvenes, que quedan diluidas entre el grupo femenino en su conjunto y que en las edades tempranas se expresan de forma particular.

Con estos presupuestos nos acercamos a la situación de la mujer joven en Cuba hoy y a sus condiciones de inclusión social, con una mirada en dos direcciones. Una, aquella que se dirige a las dinámicas que vive hoy la juventud como un todo, como grupo generacional, y otra, que evalúe la situación actual a la luz de la evolución que ha seguido la mujer a lo largo de las últimas cinco décadas.

Por supuesto que esa doble mirada requeriría un exhaustivo análisis que desbordaría el marco de estas páginas, de manera que me limitaré a hacer algunas referencias, tomando como hilo conductor el papel de la Educación, como estrategia para el logro de esa inclusión, dado su vínculo directo con el acceso al empleo, la obtención de ingresos y las potencialidades para su independencia familiar y social.

La educación en la política social cubana: resultados para la mujer

Es necesario tener en cuenta, que las acciones en Cuba para promover la inclusión de la mujer en la sociedad y garantizar el ejercicio de su plena igualdad, datan de inicios de los años sesenta, por lo que se convierte en pionera en la región latinoamericana en correspondencia con el contexto de profundas transformaciones económicas y sociales que se desarrollaban en el país.

Así, mientras en América Latina se reconoce que “A partir de los años ochenta se comienzan a crear en la región instituciones gubernamentales encargadas de la elaboración y promoción de políticas públicas dirigidas hacia las mujeres, entre las cuales están: el Consejo Estatal de los Derechos de la Mujer en Brasil (1985), el Instituto de la Mujer en Uruguay (1987), la Subsecretaria de Desarrollo Humano y Familia en Argentina (1987) y el Servicio Nacional de la Mujer en Chile (1991),”⁷ en Cuba desde el año 1960 se fundó la Federación de Mujeres Cubanas como organización que representa los intereses de la mujer, junto al esfuerzo de otros organismos estatales e instituciones sociales.

Uno de los elementos claves en ese proceso, ha sido la prioridad que la Política Social de la Revolución ha dado desde sus inicios a garantizar el amplio acceso a la Educación, lo que se materializó en acciones que han ido desde la Campaña de Alfabetización en 1961, hasta la elevada proporción de los gastos en esa esfera dentro del presupuesto nacional, la atención a la construcción de escuelas, formación de maestros y profesores y el establecimiento de un Sistema de Educación masivo y gratuito desde la enseñanza pre-escolar hasta la post-graduada, a través de 50 años y a lo largo de todo el país.

Esa prioridad ha tenido sus bases en el pensamiento de José Martí, que puede resumirse en numerosas frases conocidas, tales como “Cada hombre tiene el derecho a que se le eduque y después, en pago, el deber de contribuir a la educación de los demás.”⁸ O la categórica afirmación “Ser cultos es el único modo de ser libres.”⁹

En un inicio, las acciones se encaminaron a resolver la deplorable situación en materia educativa que vivía la población cubana y muy especialmente las mujeres. En la década de 1950, el 22% de la población mayor de 15 años era analfabeta y el 48% de los niños entre 5 y 14 años no asistía a la escuela, a la vez que solo el 1.4% de la población adulta tenía formación universitaria. En ese crítico panorama, las mujeres tenían una situación inferior aun: el 31% de analfabetismo entre las mayores de 15 años y 1% con enseñanza superior, proporción igualmente reducida que la de sus pares masculinos, pero menos diversificada pues se concentraban fundamentalmente en carreras pedagógicas.¹⁰

Los impactos de esas políticas se dejaron sentir en un rápido incremento del nivel educacional de la población, pero con resultados más significativos para las mujeres, no solo porque partieron de una situación más desventajosa, sino porque las transformaciones sociales tuvieron un fuerte impacto en su incorporación a la vida

social, la que atravesó en primer lugar, por la formación educacional. Para garantizar el derecho de la mujer a incorporarse al estudio y al trabajo, además de las opciones educativas generales, se crearon planes especiales de superación y empleo para sectores específicos de la mujer, como las jóvenes de las áreas rurales, las trabajadoras del servicio doméstico o las prostitutas.¹¹ Así, por ejemplo, en las dos primeras décadas (años sesentas y setentas), mientras el número de graduados del género masculino creció 4.76 veces, en las mujeres creció 12.76 veces, es decir, que triplicó el crecimiento de los hombres.¹²

Los ajustes que tuvieron lugar en la Educación durante la década de los años ochenta, con la implantación de las pruebas de ingreso a las universidades y cierta reducción de matrículas que hizo que la demanda de estudios superiores fuera mayor que la oferta disponible, se comenzaron a feminizar las aulas universitarias. En el curso 1986/87 el 30% de los y las jóvenes entre 15 y 24 años, estudiaban de forma regular en la enseñanza media superior o superior (pre-universitario, enseñanza tecnológica o universitaria). De ellos, el 53,4 % eran mujeres, pero en el nivel superior llegaban ya al 55,2%.¹³ Por tal razón, aumentó significativamente su proporción entre los graduados de nivel superior: si antes de 1959 de cada diez universitarios solo dos eran mujeres, ya en 1980 eran cuatro y en los años noventa llegaron casi a siete.¹⁴

La elevación de los niveles educativos impactó de forma significativa el ámbito laboral. En la década de los años cincuenta se estimaba que la proporción de mujeres incorporadas al empleo fuera del hogar era alrededor del 11% de la población femenina en edad laboral y apenas el 7% de la ocupación. Ya para 1975, cuando Naciones Unidas declaró la celebración del Año Internacional de la Mujer, la cifra se había cuadruplicado para representar el 27% de la ocupación. Esa proporción continuó creciendo y al iniciarse el decenio de los años noventa se había elevado al 40%.¹⁵

Sin embargo, esa década trajo aparejada complejas circunstancias, como resultado de una crisis económica derivada de la interrupción de los vínculos de la isla con el campo socialista de Europa Oriental después del derrumbe del Muro de Berlín, acompañado de un fuerte incremento del bloqueo de Estados Unidos, efectos que se dejaron sentir sobre una economía que ya arrastraba problemas de funcionamiento y desajustes estructurales.

En relación con el tema educativo, aunque las dificultades económicas no implicaron una drástica reducción de las oportunidades de acceso, sí provocó cambios de diversa naturaleza.

En general, la Educación perdió su predominio absoluto en la estructura de aspiraciones de la juventud, para situarse en una tercera o cuarta posición en dependencia del grupo social y ganar peso aspiraciones en otras esferas, como la familiar y la del acceso a condiciones materiales de vida. Las aspiraciones de superación se mantuvieron para el sector de jóvenes hijos de profesionales, fundamentalmente del sexo femenino y con una mayor concentración en personas de color de piel blanca.¹⁶

La combinación de esos factores: por un lado el recorte de matrículas universitarias – sobre todo en determinado tipo de carreras – la pérdida de centralidad de la Educación entre las aspiraciones juveniles del promedio y la concentración de ese tipo de aspiraciones en las mujeres hijas de profesionales, redujo la proporción de jóvenes que se encontraba realizando estudios de nivel medio superior o superior y reforzó la tendencia a una feminización de las aulas pre-universitarias y universitarias, de extracción social profesional y mayoritariamente blancas. En el curso 1996-1997, mientras en el nivel secundario la composición por sexo del estudiantado era aproximadamente del 50% cada uno, en pre-universitarios las mujeres alcanzaban el 66,5% y constituían el 60,2% del estudiantado universitario.¹⁷

Este segmento de la mujer joven continuó aprovechando las oportunidades educativas como estrategia de inclusión social. En un estudio realizado en el año 1996 en dos importantes centros universitarios de la capital del país: la Universidad de la Habana y la Universidad Politécnica “José Antonio Echeverría” y en el que se entrevistaron 196 estudiantes (97 mujeres y 99 hombres),¹⁸ pudo constatarse que las mujeres aspiraban en mayor medida que sus compañeros, a trabajar en un centro de su especialidad de estudios (63% y 49% respectivamente), aun cuando estos no fueran los mejor remunerados, lo que evidenciaba la prioridad dada a la formación y el desempeño profesional. A la vez, una proporción más alta de ellas (67% frente al 54% de los hombres), concentró sus proyectos futuros en aquellos relativos al desempeño exitoso de su profesión y a continuar superándose. Las respuestas más típicas fueron: “graduarme”, “trabajar en algo útil”, “trabajar en mi especialidad”, “ser una buena profesional”, “investigar”, “seguir superándome”. Por su parte, aquellos proyectos centrados en la satisfacción de necesidades materiales y en el logro de status social,

alcanzaron mayor peso entre los hombres (27% y 16% respectivamente). La dinámica que tuvo lugar en la educación se reflejó en la creciente feminización del grupo profesional, con un conjunto de efectos sociales, en primer lugar, en la esfera laboral. Ya para 1996 las mujeres constituían el 60% del total de técnicos del país.¹⁹

La alta preparación profesional de la mujer estaba teniendo también implicaciones en el plano de la familia, pues entre otros factores, incrementaba las exigencias en la búsqueda de pareja y en su rol dentro del núcleo familiar, con impactos sobre la postergación del matrimonio, el incremento de mujeres solas y de la maternidad soltera y un continuo decrecimiento de la fecundidad.

Sin embargo, la década de los años noventa provocó importantes cambios en la juventud, cuyo elemento más significativo fue su heterogeneización, que se ha expresado en sus aspiraciones, escala de valores y comportamientos. Esa diferenciación de situaciones ha tenido expresiones polarizadas entre las mujeres pues mientras se siguió reforzando la formación de un sector profesional, paralelamente se incrementó el grupo de desvinculadas de las actividades de estudio y laborales, con niveles educativos medios y sin calificación y el refugio de muchas jóvenes en roles y ocupaciones tradicionales en el plano familiar y social, aunque ello no ha redundado en un incremento de la fecundidad.

A tono con esa diversidad, resulta interesante la caracterización de la mujer que realiza la investigadora cubana Patricia Arés, según la cual pueden diferenciarse tres grupos de mujeres: las que tienen bajo capital económico pero alto capital cultural, en las que las mujeres jóvenes establecen formas distintas de relacionarse con la pareja y se plantean aspiraciones de superación profesional; un segundo grupo compuesto por mujeres de bajo capital económico, social y cultural, en el que predominan madres solas, las que tienen un protagonismo precario y ejercen roles de género ya superados en nuestra sociedad; y un tercer grupo de un capital económico considerable, pero bajo capital cultural y escaso compromiso social, que reproducen el modelo de familia patriarcal.²⁰

De ahí que los esfuerzos educativos realizados en la década de los años 2000, a través de los denominados “Nuevos Programas Sociales,”²¹ tuvieran un fuerte impacto en incorporar a segmentos de la juventud a la continuidad de estudios, como vía de garantizar su inserción laboral y su inclusión social. Ello abrió nuevas oportunidades para el acceso masivo a la Educación Superior, que permitió un elevado crecimiento de los estudiantes y graduados universitarios. En el intervalo de seis cursos

escolares (entre el curso 2003/2004 y el 2008/2009), la matrícula universitaria creció 2,6 veces y el número de graduados 3,6 veces.²²

Si bien, las Sedes Universitarias Municipales (SUM)²³ favorecieron una mayor diversificación del estudiantado de acuerdo a su extracción social y a su composición racial, con el ingreso de una mayor proporción de jóvenes hijos de obreros y campesinos, así como de negros y mestizos, no modificaron sustancialmente la composición de género de la enseñanza superior, en la que siguieron predominando las mujeres también en esta modalidad de enseñanza. Por ejemplo, en el curso 2008- 2009, el 59,8% del total de graduados universitarios fueron mujeres; ellas representaron el 59,9% de los graduados del curso regular diurno y el 60,5% de los graduados de las SUM.²⁴

Esa nueva modalidad de educación, junto a su innegable significado como ampliación de oportunidades para diferentes sectores sociales, también generó contradicciones en cuanto a la calidad de la Educación, con ciertas desigualdades entre los espacios educativos tradicionales en los cursos regulares y esos nuevos espacios emergentes, lo que ha abierto un conjunto de interrogantes acerca de su impacto integral. Pero, sin lugar a dudas, ha constituido un espacio de integración social para jóvenes de grupos sociales que en su mayoría ya se encontraban fuera de los circuitos de acceso a la educación superior, entre los cuales tuvieron un elevado peso mujeres jóvenes que habían abandonado sus estudios y que en muchos casos habían constituido familia y tenían hijos.

Resulta muy ilustrativo comparar la relación entre mujeres y hombres en los distintos tipos de enseñanza para apreciar con claridad la elevada feminización del nivel superior.

Tabla 1: Relación hombre – mujer en los diferentes niveles de enseñanza. Año 2008.

Nivel de enseñanza	Año 2008
Primaria	95,2
Secundaria	90,7
Superior	172,1

Fuente: ONE, 2009: 39

Como consecuencia, en el propio año 2008, las dos terceras partes de los graduados universitarios eran mujeres.

La formación profesional de la mujer joven, ha favorecido sin dudas, su inserción en el empleo, sobre todo en el de mayor calificación. La siguiente tabla muestra esos comportamientos:

Tabla 2: Proporción de mujeres entre técnicos y dirigentes. Año 2008

Proporción de mujeres de:	2001	2008	Mujer joven 2008
Total de trabajadores	35,5	37,9	39,9
Técnicos	64,7	59,6	61,1
Dirigentes	29,6	30,4	37,3

Fuente: ONE, 2009: 7.9

Algunos elementos llaman la atención acerca de las dinámicas de género que se producen en la sociedad cubana actual, que resultan relevantes para su inclusión social. Nótese que en la década de los años 2000 se ha producido un ligero incremento del peso de la mujer entre los trabajadores, algo mayor entre las mujeres jóvenes, las que marcaron una tendencia a fortalecer su peso entre los técnicos, pero sobre todo, entre los dirigentes, indicador de relevancia para la inclusión social y el empoderamiento femenino.

Sin embargo, si comparamos la composición interna de los trabajadores en cargos técnicos y dirigentes, se apreciará la inversión de las proporciones de hombres y mujeres (ver tabla 3), que ilustran cómo el impacto de la educación en el ámbito laboral ha sido mayor en el campo de los saberes que en el de la dirección.

Tabla 3: Composición por sexos de técnicos y dirigentes. Año 2008.

Año 2008	Mujeres	Hombres
Técnicos	65,7	34,3
Dirigentes	39,1	60,9

Fuente: ONE, 2009: 39.

Muy interesante resulta, a su vez, constatar el comportamiento de la inclusión femenina en las estructuras de gobierno a lo largo de los años, evidencia de los resultados alcanzados a partir de una voluntad social de garantizar su presencia en esos espacios. Así, por ejemplo, la tabla a continuación muestra cómo se ha ido

logrando una participación cada vez mayor en los cargos de dirección de los Órganos del Poder Popular, los que constituyen la estructura de gobierno del país.

Tabla 4: Proporción de mujeres en las Asambleas del Poder Popular.

Años	Delegadas Asambleas Municipales	Delegadas Asambleas Provinciales *	Diputadas Asamblea Nacional
1981	7,8	16,8	23,0
1984	11,5	21,4	--
1986	17,1	30,7	34,3
1989	16,7	27,6	--
1992	13,5	23,9	22,8
1995	15,5	--	--
1997	17,9	28,7	27,6
2000	21,0	--	--
2002	23,4	37,5	36,0
2005	26,5	--	--
2007	27,3	40,6	43,3
2010	33,4	--	--

* A partir del año 1992, las elecciones a las Asambleas Provinciales se establecieron cada cinco años, conjuntamente con las elecciones al Parlamento Nacional, y no cada dos años y medio junto a las elecciones municipales, como se venía realizando.

Fuente: Anuario Estadístico de Cuba 2009. ONE: 420-425

Los anteriores datos muestran muy claramente la tendencia creciente a contar con las mujeres en estos espacios de dirección de la sociedad, que tienen como elemento relevante el que son cargos de elección popular, cuestión que refrenda la confianza que se deposita en ellas para tareas de connotación social. En esa línea creciente se ve también con claridad, el retroceso experimentado en los años de la crisis económica, que se empieza a recuperar paulatinamente en la segunda mitad de los años noventa y alcanza cifras más elevadas en la actual década.

De igual forma, ha habido una tendencia creciente a ocupar un lugar en el Parlamento, por lo que en la actualidad representan el 43,3% del total de escaños.²⁵ De esa manera Cuba se coloca en el primer país de América Latina con mayor

participación de mujeres parlamentarias²⁶ y el cuarto lugar en el mundo, según datos de la Unión Parlamentaria.²⁷ A la vez, las mujeres representan el 40% de los miembros del Consejo de Estado, el 30,4% de los Ministros y el 28,6% de los primeros secretarios provinciales del Partido Comunista de Cuba.²⁸

Quiere decir que numerosos indicadores estadísticos así como diversos estudios, comprueban cómo la dinámica de la mujer cubana está signada por una amplia inserción en la vida social y una creciente representación en las estructuras de poder. Pero, al mismo tiempo, otros muchos elementos dan cuenta de que ello va acompañado de la conservación de los roles tradicionales de esposa, madre y ama de casa, lo cual tensa su situación y abre interrogantes acerca del alcance de la equidad de géneros.

En ese sentido resulta de interés un trabajo que sintetiza los resultados alcanzados por el Centro de Estudios de la Mujer en la capacitación de género, a través de más de 20 talleres realizados con mujeres y hombres conjuntamente.²⁹ A partir de la experiencia, la autora señala que se está transitando “hacia un modelo de relaciones hombre – mujer más equitativo, con identidades menos complementarias y más integradoras... No obstante, salen a flote concepciones tradicionalistas que funcionan como resistencia al cambio... encontramos elementos entorpecedores de las relaciones de equidad de género.”³⁰

Algunos de los elementos que fundamentan sus afirmaciones son por ejemplo, que la mujer mantiene el rol de madre como marco referencial esencial de la condición femenina, aunque no como rol único y se sigue concibiendo en función de los demás, todavía dependiente del otro género. De manera que las mujeres se conciben desde “ser tiernas, buenas y sacrificadas con la familia”, mientras el hombre lo hace desde el rol de trabajador, proveedor, protector, independiente y con poder económico.³¹

Asimismo, las aspiraciones, mayores realizaciones y autoimagen de las mujeres, expresadas en esos talleres, estuvieron fundamentalmente orientadas a la familia y a sus roles en ella, así como su feminidad y sexualidad (pubertad, matrimonio, embarazo, parto, climaterio), mientras los hombres estuvieron más conectados con su bienestar físico e intelectual y con metas del mundo público, alejadas de la vida cotidiana y la familia.³²

Otro estudio, en este caso con mujeres académicas, con un elevado nivel educativo, una labor profesional compleja, que han alcanzado un elevado

reconocimiento social, y que se encuentran ya en una etapa avanzada de sus vidas profesionales, mostró que “la distribución asimétrica de las tareas domésticas continúa siendo uno de los principales puntos de tensión entre el ámbito familiar y el profesional lo que se contrapone a la dedicación que requiere el trabajo científico,”³³ al punto de que las autoras encontraron en estas mujeres “auto-culpa por no haber cumplido exitosamente con sus responsabilidades en el espacio familiar, particularmente en lo referido a la atención de los hijos” y la idea de que si volvieran a aquellas etapas en que priorizaron la profesión, se inclinarían por la familia.³⁴

Habría que preguntarse acerca del significado de esas posiciones. Pudiera estar evidenciando el cansancio de las mujeres que han intentado superar los obstáculos de la desigualdad de géneros, pudiera mostrar también la insatisfacción por los costos personales y familiares de ese intento. Habría que preguntarse también acerca de los impactos que los éxitos y fracasos, los reconocimientos y las frustraciones de esas mujeres que se han esforzado en transformar el modelo patriarcal de sociedad, tiene para las nuevas generaciones de mujeres y para su inclusión social futura, dada la continua elevación de sus niveles educativos.

Por ello, en las investigaciones que hemos realizado en los últimos años, hemos intentado profundizar en la naturaleza de estos comportamientos en las mujeres jóvenes.

La mujer joven en Cuba hoy

Los resultados de las investigaciones dan cuenta de una elevada inserción social de la mujer joven en espacios de estudio y trabajo y una integración social y política, que en muchas ocasiones resulta más activa que la de sus pares varones, expresadas en una mayor afiliación a organizaciones políticas y una mayor asistencia a actividades de esa índole. Sin embargo, no siempre se da una participación equitativa en otros espacios profesionales, culturales o recreativos, que alertan sobre posibles inequidades de género no suficientemente reveladas en la etapa juvenil.

Así por ejemplo, en una investigación realizada en el año 2009, que abarcó 441 jóvenes de cuatro municipios de la capital del país (Plaza, Centro Habana, Marianao y Guanabacoa), con un promedio de edad de 20 años y niveles educacionales e inserciones ocupacionales diversas,³⁵ encontramos que las mujeres superaban a los hombres en once puntos porcentuales en la militancia en organizaciones políticas

(34% y 23% respectivamente). Pero, a la vez, mientras el 26% de los jóvenes dice asistir frecuentemente a actividades festivas, bailes o conciertos, la cifra de mujeres es solo la mitad.³⁶

Otra investigación realizada entre 2008 y 2009, con estudiantes universitarios en seis provincias, que incluyó un total de 373 jóvenes,³⁷ comprobó que el peso de la militancia política era muy elevado y se mantenía una brecha de nueve puntos porcentuales a favor de las mujeres (79% y 70% respectivamente). Por el contrario, la participación en actividades científicas extracurriculares resultó más baja en las mujeres en todos los indicadores estudiados (proyectos de investigación, eventos científicos y publicaciones), así como en cargos de dirección significativos.³⁸

Por su parte, el estudio que se llevó a cabo entre los años 2007 y 2008, con 687 jóvenes profesionales de alto nivel (científicos y tecnólogos), con un promedio de edad de 28 años,³⁹ evidenció que si bien se mantenían los elevados niveles de militancia política, el comportamiento entre géneros había variado y ya entre estos jóvenes la diferencia porcentual era de siete puntos a favor de los hombres.⁴⁰

En este grupo, con un nivel educativo más elevado que los anteriores y con una inserción social en centros de excelencia científica, las mujeres – que son mayoría⁴¹ – tienen un activismo político menor que sus compañeros, lo que puede estar indicando que con la elevación de la edad y la conformación de familia, le resulta más difícil mantener la participación en esos espacios. Debe tenerse en cuenta que las mujeres solteras y las que no tenían hijos eran algo menos que los hombres en esa condición (49% de hombres solteros y 64 % sin hijos, frente al 44% y 62%); es decir, que entre ellas el compromiso de conformar familia y tener hijos ha sido ligeramente superior en esas edades.

Vale la pena detener la mirada en algunos elementos comparados entre mujeres y hombres de este segmento de la juventud profesional, del mayor nivel educacional y un trabajo de alta calificación, que contribuyen a entender cómo se dan las relaciones de género en ese contexto. Se debe partir de que no se encontraron importantes diferencias entre hombres y mujeres ni en sus comportamientos profesionales ni familiares o sociales, lo que evidencia cómo la adquisición de elevados niveles educativos y la inserción laboral en correspondencia con esa formación, contribuye a la inclusión social de la mujer. No obstante, algunos elementos evidencian cómo, aun en esos contextos en que se ha logrado un mayor

nivel de equidad entre los géneros, subyacen visiones asociadas a los roles tradicionales de la mujer. Veamos algunos ejemplos.

Ambos grupos prefieren utilizar su tiempo libre para leer (a diferencia de otros sectores de la juventud donde la lectura queda relegada por otras actividades como ver televisión y escuchar música).⁴² Sin embargo, se dan algunas diferencias como el que las mujeres prefieren “*pasear con sus hijos*” el doble que los hombres, y estos prefieren “*practicar deportes*” tres veces más que las mujeres, lo que remarca los tradicionales roles femeninos y masculinos.

Ello es muy coherente con el dato que refleja la incorporación femenina al deporte a través de la participación en competencias deportivas de diferentes niveles (ver tabla 5), que evidencia como las mujeres se incorporan a este tipo de actividad en una proporción muy inferior que los hombres pues la cifra más alta, solo a nivel de la comunidad, no rebasa la quinta parte de los competidores y, en la medida que aumenta el rango de la competencia, la cifra de mujeres va disminuyendo hasta constituir menos de la mitad en el ámbito nacional.

Tabla 5: Participación de la mujer en competencias deportivas (adultos). 2009

Nivel de la competencia	% de mujeres
Comunidad	20,5
Municipal	18,3
Provincial	15,6
Nacional	9,0

Fuente: Anuario Estadístico de Cuba 2009. ONE: 401

Esos comportamientos tienen también expresiones subjetivas en algunas de sus aspiraciones, percepciones y valoraciones. Así por ejemplo, los hombres del estudio antes referido⁴³ asocian sus mayores realizaciones a la culminación de estudios y los éxitos profesionales (17% frente al 10% de las mujeres), mientras ellas les dan mayor connotación a los hijos (12% frente a 8% en los hombres). Estos aspiran más que las mujeres a viajar a otro país (18% y 10% respectivamente).

Aunque tanto unos como otros consideran que los principales problemas a resolver en la sociedad cubana son de naturaleza económica y de condiciones materiales de vida, las mujeres los mencionan en mayor proporción (60% y 50%),

posiblemente por su mayor responsabilidad para atender las necesidades del hogar y los hijos.

De igual forma, aunque la visión de futuro predominante en hombres y mujeres es optimista (64% y 50% respectivamente consideran que el futuro será *“mejor”*, *“más positivo”*, *“en desarrollo”*), nótese que entre ellas la proporción es inferior. En correspondencia, la incertidumbre hacia ese futuro tiene mayor peso entre las mujeres (36%) que entre los hombres (24%). Esta mayor incertidumbre puede estar asociada a su mayor percepción de problemas de naturaleza económica en un contexto internacional y nacional complejo, pero a la vez, a la incertidumbre de su propio futuro profesional ante el peso de las responsabilidades familiares.

Quiere decir, que aun entre aquellas jóvenes que han alcanzado los niveles más altos de inclusión desde una perspectiva socio-estructural, o sea, han alcanzado elevados niveles educativos y se encuentran laborando en empleos altamente calificados y de significación social, es posible apreciar diferencias de género que reproducen posiciones y visiones de roles tradicionales, pero también reproducen las tensiones que se constataron en la investigación antes reseñada con mujeres académicas de mayor edad.

En ese mismo sentido, un estudio cualitativo realizado en el año 2010, con parejas integradas por mujeres investigadoras y profesoras universitarias, comprobó la reiteración de estos datos; la autora concluyó que en esas parejas podía hablarse de mujeres y hombres *“transicionales, que se mueven hacia una visión más moderna de las relaciones genéricas, pero que aún poseen concepciones, creencias y comportamientos con una postura tradicional bien arraigados.”*⁴⁴

En ocasiones se busca explicación a estos fenómenos en las carencias materiales y en las dificultades para apoyar las labores domésticas y necesidades del funcionamiento familiar desde los servicios sociales. Sin desconocer que la reproducción de la vida cotidiana en las circunstancias cubanas exige un esfuerzo, dadas las limitaciones materiales que enfrenta la sociedad, hay un peso importante en la distribución de funciones al interior de la familia y el rol que asumen cada unos de sus miembros, atravesado por un conjunto de diferencias como las generacionales, de ocupación y disponibilidad de tiempo, pero sobre todo, atravesado por el componente de género pues la distribución de roles continúa siendo asimétrica en relación con el hombre y la mujer, con independencia de su inserción laboral y social y ella continúa cargando con un gran peso doméstico, en la

reproducción de la vida familiar y en la educación de los hijos, cuestión que no parece estar siendo superada entre la juventud.

De mucho interés resulta una investigación realizada durante dos años (2007 – 2008), con niñas y niños que cursaban el quinto y sexto grado en una escuela primaria de la capital del país, acerca de la participación en la organización de pioneros, para visualizar cómo se están comportando las relaciones de género desde las edades más tempranas. En la misma, se constató como las niñas se mostraron más orientadas al protagonismo como oportunidad de obtención de beneficios, entre los que se destaca el reconocimiento social entre sus iguales, mientras los niños tenían mayor claridad respecto a las responsabilidades y exigencias asociadas al liderazgo formal y una marcada necesidad de agradar y complacer a los adultos, en especial a la maestra.⁴⁵ La investigación muestra como, a pesar del deseo explícito de algunas niñas de ser elegidas para los cargos de dirección de la organización pioneril, el colectivo de alumnos, tanto a nivel del grupo como a nivel de toda la escuela, eligió para la responsabilidad máxima en ambos casos a un varón, acompañado de niñas para los restantes cargos.

¿Nos hablan estos resultados de reproducción de estereotipos de género aun en edades tan tempranas? Es significativo que las niñas aspiren a ser reconocidas por otros niños y niñas y ellos, a serlo por las figuras de poder, en este caso la maestra, y mucho más significativo aun que el colectivo de estudiantes coloque en el punto jerárquico superior de la estructura de la organización pioneril a un varón, acompañado de mujeres para cumplir su tareas, lo que resulta bastante común a lo que ocurre en las estructuras institucionales adultas.

En este sentido, la Directora del Centro de Estudios de la Mujer apuntaba: "... las mujeres tienen que demostrar su competencia y capacidad dentro de reglas de juego principalmente masculinas. La primera demostración tiene lugar en el momento mismo de su selección". Y agregaba: "... si bien los requisitos establecidos para seleccionar a un (o una) dirigente son los mismos, la valoración subjetiva que se hace de la persona para promoverla marca diferencias de género, a partir de concepciones, estereotipos y prejuicios que aun existen en relación con la mujer."⁴⁶ Los resultados parecerían alertar sobre la insuficiente transformación de estos estereotipos en las generaciones más jóvenes.

¿Conciencia de género en la mujer joven actual?

Parecería sustentarse la hipótesis de que en los grupos juveniles – en los que se aprecia una tendencia creciente a construir cierta identidad generacional que puede estar dando lugar a una mayor que la que tuvieron otros segmentos juveniles que le antecedieron, sobre todo en las décadas de los años setenta, ochenta e incluso en la última década del siglo XX⁴⁷ – por el contrario, parecería darse cierto estancamiento en la construcción de una conciencia de género, que acompañe los logros en materia de igualdad de acceso y participación de la mujer en la vida social y mantenga los esfuerzos por el logro de una más plena igualdad. La mujer joven hoy parece vivenciar lo que se ha conquistado socialmente en materia de equidad de género como algo ya dado, pero lo no logrado no se vivencia lo suficiente críticamente.

En esa dirección, la narradora y crítica Mirta Yáñez, en su ensayo crítico sobre las narradoras cubanas, señala: “Cuesta decirlo, pero la identidad de género parece haber entrado en confusión, la siento disuelta en la pérdida de algunos valores que ha traído consigo una sumisión acrítica y tardía de la postmodernidad.”⁴⁸ Quizás la diferencia de ritmos en la transformación de subjetividades y roles entre hombres y mujeres en las últimas décadas, haya hecho ralentizar el cambio en las mujeres. No puede obviarse el hecho de que aun cuando se trate de un proceso ya irreversible y que, en el caso cubano, cuenta con el apoyo político e institucional para llevarse a cabo, es un cambio cultural cuyas metas no se alcanzan a corto plazo y que va encontrando múltiples obstáculos en su desarrollo.

La herencia de una cultura patriarcal y sexista atraviesa la sociedad toda, incluida a las propias mujeres aunque los estudios revelan su deseo de compartir con un compañero en condiciones diferentes, con una masculinidad no reñida con la sensibilidad, la ternura, la delicadeza y su sentido humano.⁴⁹ Al decir de una investigadora cubana, “Si bien es en las relaciones de pareja y en el hogar donde más se evidencian los rezagos de una ideología patriarcal, ésta se manifiesta aun en muchos aspectos de la vida social. A nivel ideológico se superponen las tradicionales visiones de lo considerado femenino y masculino, con los nuevos modelos. Pudiéramos hablar de un híbrido en el que se están gestando tal vez, los nuevos paradigmas.”⁵⁰ Sin embargo, otras investigadoras se cuestionan si “a partir de mantener la dicotomía y la competitividad ente los roles, se retorna al punto inicial... al desencuentro hombre – mujer...”⁵¹

Los estudios dan cuenta de esas transiciones y superposiciones de roles, el dilema es a dónde conducen con mayor fuerza, a “los nuevos paradigmas” o “al punto

inicial” de “desencuentro”. Inclinar la balanza en la dirección deseada constituye un importante desafío para la sociedad. En el reciente balance realizado en Latinoamérica acerca de la situación de la mujer se destacaba que “Si bien es cierto que en la experiencia concreta tiene que producirse un entramado entre la incorporación de la agenda de igualdad de género, la creación de conocimiento, la incidencia en la formulación de políticas públicas y una asignación de recursos y ejecución adecuadas, nada de esto prospera cuando no se logra quebrar las resistencias político-culturales.”⁵²

De manera que uno de los principales retos a los que se enfrenta la sociedad cubana hoy y uno de los elementos que deben guiar su diseño de futuro, es cómo adecuar los cambios que se vienen produciendo en el contexto social y sus repercusiones en áreas tan sensible para la juventud como son el ámbito educativo y el empleo, a la consolidación de los valores alcanzados, que garanticen la continuidad en los procesos, con las necesarias rupturas que permitan adecuarse a las nuevas circunstancias. Y entre continuidades y rupturas está la necesaria consolidación de la mujer como un ente clave en las dinámicas educativas, laborales y del ejercicio del poder a nivel de la sociedad y, a la vez, un componente del núcleo familiar que pueda disponer de un espacio de desarrollo simétrico y de un claro ejercicio de su autoridad.

Notas

¹ “Informe de Cuba a la XI Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe de CEPAL, 2010,”), recuperado marzo 2011 <http://www.eclac.cl/mujer/noticias/paginas/8/38878/FolletoInformativo.pdf>

² “WEF (World Economic Forum). 2010. The Global Gender Report,” recuperado marzo 2011 <http://www.weforum.org./gendergap>

³ Joan W. Scott, “El género: una categoría útil para el análisis histórico,” en *Historia y género: Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, eds. J. S. Amelaus y M. Nash, (Valencia, España: Alfons el Magnánim. 1990), 26; Idem., *Gender and the Politics of History* (New York: Columbia University Press, 1988), 2.

⁴ Inalvis Rodríguez, “Relaciones de género en la familia cubana: ¿espacio de igualdad o desigualdades?” *Temas* 48 (2006): 110.

-
- ⁵ María Isabel Domínguez, “Generaciones y mentalidades: ¿Existe una conciencia generacional entre los jóvenes cubanos?” en: *Cuba. Construyendo futuro*, eds. Manuel Monereo, Miguel Riera y Juan Valdés, (España, El viejo topo, 1999), 56.
- ⁶ CEPAL (Comisión Económica para América Latina). 2010^a. Consenso de Brasilia, recuperado el 3 de Enero de 2011 <http://www.cnsmujeres.org.uy/.../consensodebrasil>
- ⁷ María Stella Toro, *Debates feministas latinoamericanos: Institucionalización y autonomía* (Buenos Aires: XXVII Congreso ALAS, 2009).
- ⁸ José Martí, *Ideario pedagógico* (La Habana: Imprenta Nacional de Cuba, 1961), 233.
- ⁹ José Martí, *Maestros ambulantes*, Tomo 1 (La Habana: Ciencias Sociales, 2007), 457.
- ¹⁰ Tribunal Supremo Electoral (TSE), *Censo de Población, Vivienda y Electoral. Informe General*. (La Habana: Oficina Nacional de los Censos Demográficos y Electoral, 1953) 143, 99 y 119.
- ¹¹ “En 1961 se creó la Escuela Ana Betancourt para campesinas, por ser estas mujeres las más excluidas de la educación escolar hasta ese momento; también se crean escuelas nocturnas para superar a las mujeres que trabajaban como domésticas,” Ligia Trujillo, *Vilma Espín. La flor más universal de la Revolución Cubana* (La Habana: Ocean Sur., 2010), 61. En 1959 se estimaba la existencia de unas 100 000 prostitutas, lo que representaba el 6% de la población femenina entre 15 y 64 años, 95% de las cuales eran de origen campesino. Para 1965 ya se habían logrado reinsertar socialmente a la totalidad de ellas a través de cursos de superación y garantías laborales; Rosa M. Elizalde, “¿Qué será de mí si la suerte me abandona?” *Contracorriente* 2 (1995): 37; Comité Estatal de Estadísticas (CEE), *Anuario Estadístico de Cuba* (La Habana: CEE, 1984), LXIII – LXXII.
- ¹² María Isabel Domínguez, “Higher Education in Cuba: Democratization and the Role of Women,” En: *The Challenges of Public Higher Education in the Hispanic Caribbean*, eds. M.J. Canino and S. Torres – Saillant. (Princeton: Markus Wiever Publishers, 2004), 107.
- ¹³ Comité Estatal de Estadísticas (CEE), *Anuario Estadístico de Cuba* (La Habana: CEE, 1987), 61, 527 - 528.
- ¹⁴ Domínguez, “Higher Education”, 107.
- ¹⁵ Federación de Mujeres Cubanas (FMC), *Las cubanas: de Beijing al 2000* (La Habana: Editorial de la Mujer, 1996), 26; CEE, *Anuario Estadístico*, LXIII – LXXII.
- ¹⁶ María Isabel Domínguez y María Elena Ferrer, *Jóvenes Cubanos: Expectativas en los 90* (La Habana: Ciencias Sociales, 1996).
- ¹⁷ Oficina Nacional de Estadísticas (ONE), *Anuario Estadístico de Cuba*. (La Habana. 1996: 50, 298), recuperado marzo 2011 www.one.cu

¹⁸ Domínguez, “Higher Education”, 114.

¹⁹ Oficina Nacional de Estadísticas (ONE), *Anuario Estadístico de Cuba*. (La Habana. 1996: 116), recuperado marzo 2011 www.one.cu

²⁰ Patricia Arés, *Familias y mujeres: entre cambios y retrocesos* (Entrevista) (La Habana: Caminos, 2007), citada por Isabel Moya, “Una aproximación desde el enfoque de género a la situación y condición de la mujer en el proceso de la Revolución Cubana,” *La Jiribilla*, enero 3, 2009): 3, recuperado enero 2011 http://www.lajiribilla.cu/2009/n400_01/400_05.html

²¹ Los “Nuevos Programas Sociales” se pusieron en marcha a partir del año 2000, en la medida que se produjo la paulatina recuperación económica y hubo una clara comprensión de los impactos que había producido la crisis de los años noventa sobre la sociedad y la juventud. Se planteaba como una nueva etapa en el desarrollo social, encaminada a potenciar el desarrollo humano, para lo cual se definieron nuevas metas, una parte importante encaminada a lograr la formación general integral de las nuevas generaciones, en la que se combinara la adquisición de conocimientos con una escala de valores éticos, culturales y políticos, para lo cual se potenciaron los programas educativos. Aunque se implementó un numeroso grupo de Programas, uno de los que mayor impacto produjo fue el establecimiento de las Sedes Universitarias Municipales (SUM), de María Isabel Domínguez, “Cuban Social Policy. Principal Spheres and Targeted Social Groups” *Latin American Perspectives* 36, no. 2, (2009): 81-94.

²² ONE (Oficina Nacional de Estadísticas). *Anuario Estadístico de Cuba*. La Habana: ONE. 2009: 18.19, 18.20)

²³ Las SUM constituyen filiales a nivel local de las Universidades para desarrollar sus funciones en el territorio donde están enclavadas, por lo general con alcance municipal, pero pueden tener adscriptas otras sedes universitarias de menor alcance territorial. Su objetivo ha sido el desarrollo de los programas de universalización de la educación superior.

²⁴ ONE (Oficina Nacional de Estadísticas). *Educación: Inicio del curso escolar 2009/2010 y Resumen del curso escolar 2008/2009*. La Habana. www.one.cu (ONE, 2010: 55).

²⁵ “Informe de Cuba a la XI Conferencia Regional, 2010.”

²⁶ Teresa Lara, *Mujeres en tránsito* (La Habana: Agencia Española de Cooperación para el Desarrollo, 2011), 100.

²⁷ “Informe de Cuba a la XI Conferencia Regional, 2010.”

²⁸ Lara, *Mujeres*, 97.

²⁹ Incluye más de 300 personas de distintos lugares del país y aunque conocemos que abarcaron una muestra diversa, no se especifican las edades, niveles educativos y ocupaciones de los participantes en los talleres.

³⁰ Rodríguez, “Relaciones de género”, 113.

³¹ Ibid., 114.

³² Ibid.

³³ Norma Blázquez Graf, “Mujeres académicas: entre la ciencia y la vida. Género y ciencia en Cuba,” en *Estudios iberoamericanos de género en ciencia, tecnología y salud*, eds. C. Miqueo, M.J. Barral y C. Magallón, (España, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2008), 243.

³⁴ Blázquez, *Mujeres académicas*, 242.

³⁵ La muestra estuvo compuesta por 190 hombres y 251 mujeres, de niveles de escolaridad secundario, técnico medio, medio superior y estudiantes universitarios, entre los cuales habían estudiantes de distintas enseñanzas, así como trabajadores.

³⁶ María Isabel Domínguez y Claudia Castilla, “Prácticas participativas y subjetividades en grupos juveniles de Ciudad de la Habana” (Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud; 1 (9), 2011), 133 – 152.

³⁷ En este caso, la composición de la muestra fue de 184 hombres y 189 mujeres, con un promedio de edad de 21 años, pertenecientes a universidades de la Ciudad de la Habana, La Habana, Matanzas, Villa Clara, Santiago de Cuba y Guantánamo.

³⁸ Cuadro de Claudia Castilla, María Isabel Domínguez y Danay Quintana, *La orientación profesional de los estudiantes universitarios hacia la ciencia*. (La Habana: Fondos del CIPS, 2009).

	Hombres	Mujeres
	%	%
Participación en proyectos de investigación	61	51
Participación en eventos científicos	110	86
Publicaciones	7	4
Haber participado en el Consejo de Dirección de la Facultad	15	7

³⁹ La distribución del grupo fue de 281 hombres y 404 mujeres, ocupados en centros de ciencia e innovación tecnológica, ubicados en siete provincias: Ciudad de la Habana, La Habana, Matanzas, Villa Clara, Holguín, Santiago de Cuba y Guantánamo.

⁴⁰ María Isabel Domínguez, Claudia Castilla, Zaylín Brito, colaboradoras Viccia Rodríguez y Danay Quintana, *La juventud ocupada en el sector de la ciencia y la innovación tecnológica en el marco del funcionamiento de sus instituciones* (La Habana: Fondos del CIPS, 2008).

⁴¹ Según las estadísticas nacionales, el 53,5% de los trabajadores del sector científico son mujeres (ONE, 2009:16.2). En la muestra estudiada constituyeron el 59%.

⁴² Domínguez y Castilla, *Prácticas participativas y subjetividades*.

⁴³ María Isabel Domínguez, et al., *La juventud ocupada*.

⁴⁴ Zulema Ortega, Equidad, “¿Utopía o Realidad Factible? Estudio de las Relaciones de Género en los Vínculos Amorosos de Mujeres Jóvenes con Proyectos de Desarrollo Personal,” (La Habana: Inédito, 2010), 13.

⁴⁵ Yuliet Cruz, “Participación sociopolítica de niñas y niños cubanos. La Organización de Pioneros José Martí como puerta de entrada”. En: *Niñez, adolescencia y juventud en Cuba. Aportaciones para una comprensión social de su diversidad*, ed. María Isabel Domínguez (La Habana: UNICEF, 2010), 34-35.

⁴⁶ Mayda Álvarez, Marina Silva, Leire Pajín Iraola, Denia García Ronda, “¿El poder tiene género? (Un simposio)”, *Temas* 41-42, (2005):154.

⁴⁷ Ello puede ser constatado sobre todo, en la producción cultural de esa generación tanto la producción literaria, como fundamentalmente la audiovisual. El movimiento de Nuevos Realizadores en cine, documental y video, integrado por jóvenes artistas, recrea la problemática social actual desde una perspectiva generacional, tanto en la selección de los temas como en la mirada que hace de ellos.

⁴⁸ Mirta Yáñez, “Feminismo y compromiso. Ambigüedades y desafíos de las narradoras cubanas,” *Temas* 59 (2009): 163.

⁴⁹ Rodríguez, “Relaciones de género”, 113.

⁵⁰ Moya, *El sexo de los ángeles*, 98.

⁵¹ Lourdes Fernández Ríos, “¿Roles de género? ¿Feminidad vs Masculinidad?” *Temas* 5 (1996): 22.

⁵² Comisión Económica para América Latina (CEPAL), “¿Qué Estado para qué igualdad?” (Informe a la XI Conferencia Regional sobre la mujer de América latina y el Caribe, 2010) 69, recuperado enero 2010 <http://www.un.ngl.org/>